

Un gran investigador y buen amigo

Eduardo Merlo*

El Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), creado en 1939, reunió desde el principio a un puñado de investigadores incansables, convencidos y decididos; realmente eran unos cuantos, estirando un raquíutico presupuesto –parecería una constante– aportaron todo lo necesario para cimentar la institución hasta convertirla en la más importante en su género. Fueron muchos años en que siendo tan pocos los investigadores, contribuyeron demasiado, muchísimo al conocimiento de nuestras raíces y de las culturas que conforman al país. Esos pioneros son la base de lo que actualmente es un cúmulo de instituciones dedicadas a estos menesteres.

Las diferentes disciplinas que integran la antropología se desplegaron para alcanzar un sistema de investigación más nutrido y efectivo. Los trabajos en diversas zonas arqueológicas lograron –además de una amplia erudición de las civilizaciones que edificaron esas ciudades y centros religiosos– un cuantioso acervo de bienes culturales que fueron orgullo nacional y atractivo para el resto del mundo. Con más dificultades, por lo intangible de su campo de trabajo, fueron los antropólogos sociales, los lingüistas y etnólogos, más tarde los etnohistoriadores y los historiadores del arte, quienes aportaron un increíble resultado al conjuntar sus conocimientos y dar lugar al Museo Nacional de Antropología, culmen de esos esfuerzos, presentados de la forma más moderna y accesible.

A la par de esos especialistas, florecieron otros igualmente importantes que hasta entonces no se habían tomado tan en serio, pero al intervenir, dieron lustre a esa muestra de nuestras culturas, las antiguas y las contemporáneas. Fueron los profesionales en la conservación de los bienes inmuebles presentados en las exposiciones. Estos restauradores parecían auténticos magos al devolver las condiciones ideales para esos acervos. Aunado a ellos, y como complemento indispensable, estuvieron a la altura los museógrafos con los cuales se quedaron en el olvido los viejos recintos donde se atiborraban los objetos culturales sin el cuidado y respeto necesario.

El gran museo fue el arranque de una nueva era, tan relevante para la difusión de los valores que implican todos esos elementos que resplandecieron como en sus mejores tiempos. También fue el principio para dar impulso, hasta entonces inexistente, a la creación de laboratorios, talleres de conservación, depósitos para almacenar correctamente los bienes culturales y secciones donde los expertos investigadores –arqueólogos, antropólogos sociales, etnólogos, antropólogos físicos y lingüistas– fueran los curadores de cada sala, lograron resultados que hasta la fecha hacen del recinto uno de los más importantes del mundo.

Fue excelente la idea de las autoridades de entonces para que la Escuela Nacional de Antropología y la Biblioteca de Antropología se ubicaran en el área del museo, pues de esa forma los alumnos –futuros investigadores– estarían en contacto



Alumnos del Curso Interamericano de Capacitación Museográfica generación 1974-1975 en los jardines del Centro Churubusco. De izquierda a derecha Carlos Vázquez Olvera y Mario Camacho (México), Raúl Castellanos Moreno (Costa Rica), Lucila Cesari (Brasil), Raúl Armando Arévalo Henríquez y Armando Quintanilla Ávila (El Salvador). Fotografía de Quetzalina Sánchez.

Tomado del libro *Iker Larrauri*. En el pie de foto se identifica a los alumnos de Churubusco. El primero de izquierda a derecha es Carlos Vázquez. **Fotografía** © Denise Hellion, FCNME-INAH.



Curso *Training in the National Museographic Exhibitions* para trabajadores del Instituto de Cultura de Jamaica, National Gallery of Art, Museum of History and Ethnography, Museum of the People y African Caribbean Institute of Jamaica, ciudad de Kingston, 1999 y 2000. **Fotografía** © Archivo Familiar Vázquez Olvera.



Durante su gestión como director del Museo Nacional de las Culturas participó en charlas y conferencias de divulgación. **Fotografía** © Joaquín Vega, FMNCG-INAH.

directo con la materia de trabajo fundamental. Varias generaciones de profesionales salieron de esas aulas y conformaron la base de la investigación histórica y antropológica que actualmente nos distingue.

Derivado de este movimiento se requirió profesionalizar las actividades de conservación de los bienes muebles culturales y de quienes se encargarían de presentarlos adecuadamente a los visitantes de los museos. Pronto se reunieron diversos especialistas que dieron lugar a la Escuela Interamericana de Conservación, Restauración y Museografía, cuyos fundadores fueron los inolvidables Paul Coremans y Manuel del Castillo Negrete, quienes hicieron de ese plantel, recargado al antiguo convento franciscano de San Diego Churubusco, un referente para toda América Latina.

Pronto sus aulas y talleres estaban plenos de estudiantes de prácticamente todos los países del continente. La mayoría de ellos retornó a sus lugares para establecer talleres alusivos, con los cuales la museología y la museografía, aprendida en Churubusco, se proyectó a todas partes. Incluso organismos internacionales como la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO), dieron su reconocimiento a la calidad de la Escuela Interamericana.

LA RESPONSABILIDAD DE RECIBIR LA ESTAFETA

¿Y qué relación tiene todo lo anterior con Carlos Vázquez? ¡Mucho! Porque él como nosotros, quienes seguimos generacionalmente a los especialistas originales –de hecho, encontramos la mesa puesta–, nos correspondió la inmensa responsabilidad de recibir la estafeta y correr en esta interminable carrera. El INAH ya no cupo solamente en el Museo Nacional de Antropología ni en las otras dependencias, la mayoría en el Centro Histórico de la Ciudad de México, fue necesario y justo que se expandiera hacia el resto del país.



Presentación del libro *Yo no creo, pero una vez... Ensayos sobre aparecidos y espantos*. Acámbaro, Guanajuato, 1997. **Fotografía** © Archivo Familiar Vázquez Olvera.

Ramón López Velarde (1888-1921) dijo que la “provincia es la patria”. Y ciertamente lo es, así que expandirse al inmenso territorio era darle el adecuado epíteto de “Nacional”, que hasta entonces era solamente parte de los miembros oficiales.

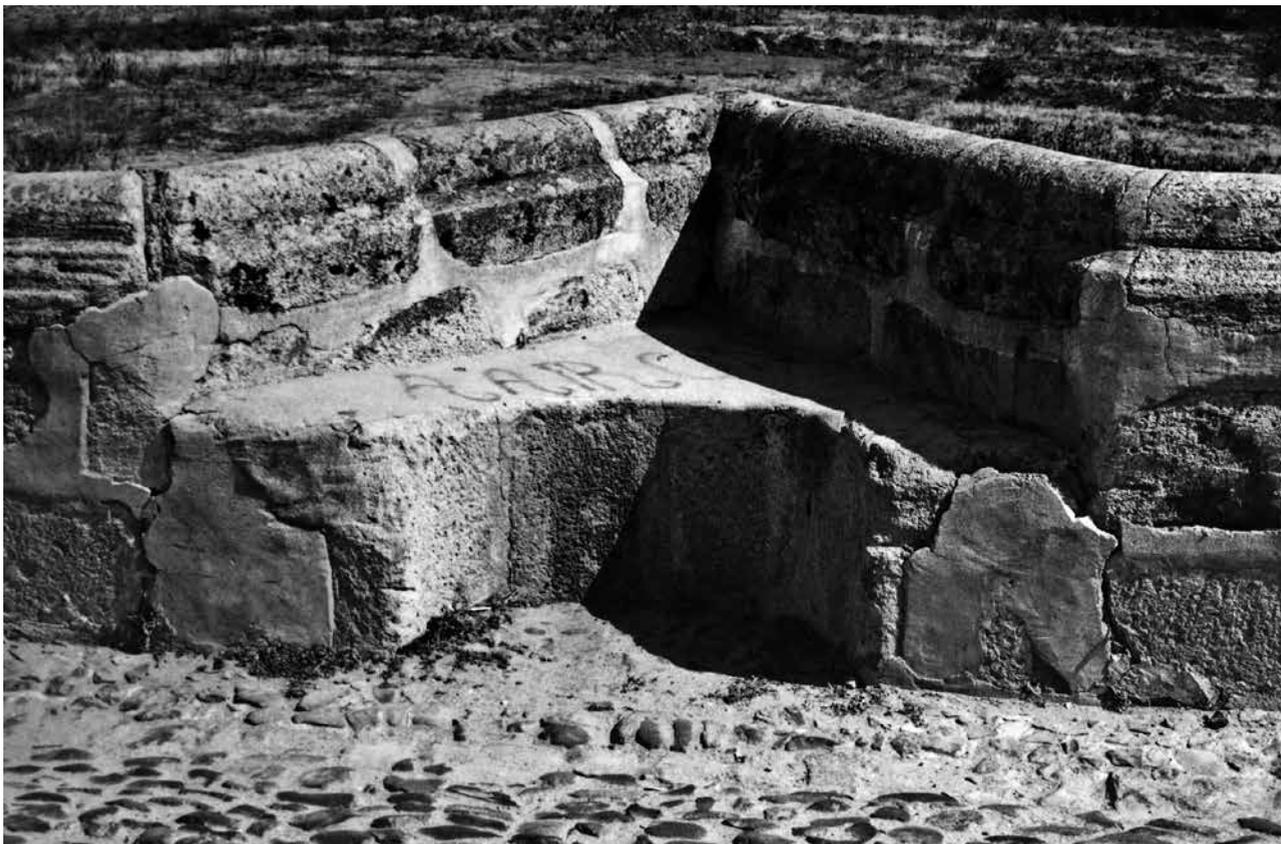
A partir de 1972 se crearon los “centros regionales”, aunque entonces el presupuesto solamente permitía que se comenzara con algunos, fueron los de Yucatán, Morelos, Jalisco y Puebla-Tlaxcala. Debido a la carencia de especialistas en los estados del país, se enviaron investigadores de la Ciudad de México, quienes pronto admitieron a los que había en cada región, con la finalidad de lograr lo que implicaban estos nuevos sitios de estudio, protección y difusión de los valores ancestrales.

Afortunadamente, en algunas ciudades del país se habían creado instituciones afines, entre otras, las “casas de la cultura” y museos empíricos con más buenas intenciones que con conocimiento de causa, pero que sirvieron de mucho para enriquecer los empeños y finalidades de los centros regionales.

LA INTENSA ACTIVIDAD DE CARLOS

Fue en la Casa de la Cultura de Puebla, una de las primeras en su género, instalada en el antiguo Colegio de San Juan, un extraordinario edificio de la época virreinal, donde se ubica la famosa Biblioteca Palafoxiana. En las antiguas crujiás se adaptaron salas para exposiciones, cine de arte, teatro y conferencias, lo cual implicó desde el principio una gran actividad de parte del personal que ahí trabajaba. Fue precisamente en este espacio de tanta actividad donde conocí a Carlos Vázquez.

Por fortuna, quienes formamos parte del personal del Centro Regional Puebla-Tlaxcala, siempre tuvimos extraordinaria relación con este recinto y sus actividades. Todo el tiempo era de una intensa actividad. Era Carlos y su amigo



Puente de piedra de Acámbaro. En el centro había una persona con banderas roja y verde para controlar el tráfico. **Fotografía** © Miguel Ángel Correa.

entrañable Mario, quienes llevaban la voz cantante. Lo mismo preparaban un espectáculo de bailables regionales, colocando las sillas, conectando el sonido, adornando barandales y luego estar pendientes del desarrollo de esas actividades.

Más con un espíritu de trabajo que de conocimientos, montaba exposiciones de diversos temas. Ellos mismos eran los primeros críticos de la calidad de lo que se exhibía, pues los artistas podían ser auténticos profesionales o simplemente grupos de damas que mostraban sus trabajos manuales y debían atenderse y cumplirles los gustos, pues eran apoyadas o recomendadas por algún alto funcionario o su esposa.

Aprendieron a soportar malos tratos y a cumplir órdenes en ocasiones absurdas, la mayoría de las veces. El carácter de dependencia gubernamental los dejaba indefensos para alterar las instrucciones y despropósitos del director o de sus segundos y hasta terceros. Cabe decir, me consta, que Carlos siempre fue disciplinado y cumplía cabalmente las órdenes recibidas, aunque siempre se reconocía la mano propia, buscaba el consejo de especialistas, lo cual poco a poco lo llevaron a decidir nuevos ambientes. La coyuntura se presentó al ingresar en el Centro Regional Puebla-Tlaxcala, como asistente del connotado investigador Carlos Incháustegui, entonces director del Museo Regional de Antropología.

Fue el arranque del profesional Carlos Vázquez, en el museo aprendió, orientado profesionalmente por la museografía, los principios de esta disciplina, a diferencia de las actividades empíricas, el trabajo que implica un recinto montado adecuadamente con todo un sistema de mantenimiento. Diariamente lo encontraba corriendo, igual que en la Casa de la Cultura, pero ahora con mayor libertad y apoyo. Fue en esos tiempos en que se enfocó en lo que sería su desempeño profesional, la museología. Adquiría cuantos libros le recomendaran y asistía a los cursos que se impartían en la capital.

En poco tiempo se convirtió en un especialista que no contento con lo que conocía, decidió ingresar a la universidad, dejó a la provincia para permanecer de tiempo completo en la gran ciudad. Combinó extraordinariamente su carrera universitaria con las actividades propias de su trabajo en el INAH.

POR SUS OBRAS LO CONOCERÉIS

No es mi propósito hacer una biografía de Carlos, sencillamente es ponderar su vocación y, sobre todo, el propósito de superación que lo condujo a lograr lo que trazó como tema de su desempeño profesional. Dice una sentencia: “Por sus obras los conoceréis”, y si nos atenemos a ella, nuestro



Sesión del curso *Training in the National Museographic Exhibitions* para trabajadores del Instituto de Cultura de Jamaica, National Gallery of Art, Museum of History and Ethnography, Museum of the People y African Caribbean Institute of Jamaica, en la ciudad de Kingston, 1999 y 2000. **Fotografía** © Miguel Ángel Correa.

personaje es alguien cuyas obras lo han convertido en referencia obligatoria en su especialidad. Independientemente de su gran producción, resultado de sus saberes y quehaceres, es importante recalcar que aunado a su legado profesional está la gran bonhomía.

Adquirió gran experiencia como director del Museo Nacional de las Culturas, instalado en el recinto original de la ceca (vocablo de origen árabe, “es el sello que identifica el derecho de acuñación de la moneda de curso legal”. Tomado de Biblioteca de Publicaciones Oficiales del Gobierno de la República. N. del E.) de acuñación novohispana, precisamente donde se adaptó el Museo Nacional que visitó Porfirio Díaz, posando airoso junto a la Piedra del Sol. La gestión con gente de todas partes del mundo que trajeron y llevaron acervos diversos, lo introdujeron en el ambiente que le permitió relaciones auténticamente internacionales. Todo ello unido a su carrera profesional, añadiéndole maestría y doctorado, lo condujeron muy pronto a ser lo que es, un referente de la museología y, por supuesto, el escritor más prolífico en la materia.

Su seriedad en cuanto a las actividades formales y su preocupación de hacer todo lo que emprende con excelencia, lo llevaron a las aulas, donde sus alumnos aprendieron



Segundo torneo nacional de Danza del León, celebrado en el MNMCM, 25 de octubre de 2015. **Fotografía** © Joaquín Vega, FMNCM-INAH.

de un auténtico maestro. Mucho me alegro de haberlo conocido desde el principio de su carrera y en el ambiente de su familia, mismo que él ha sabido combinar de manera mesurada y positiva. Sus orígenes en la tierra michoacana le imprimieron un amor por la familia y la tradición, valga si no, eso se percibe cuando uno se adentra en su libro *El ropero de las señoritas Sámano Serrato*. Ahí están presentes sus recuerdos y su bagaje, pero también el interés por rescatar una época maravillosa.

Carlos Vázquez es un referente nacional, se puede constatar en la cantidad de congresos y simposios en los cuales ha participado y donde ha dejado testimonio de su capacidad y de su apego a la profesión donde se ha distinguido. Me ha llenado de orgullo ver y escuchar los comentarios, recuerdos y aportes de gente de todas las latitudes, que lo respetan, lo admiran y lo quieren. En esas loas hacia su persona van incluidos los aportes de sus amigos, de sus compañeros, de sus maestros a quienes ha sabido siempre retribuir los afectos. **GM**

* Arqueólogo e investigador jubilado del INAH, catedrático de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla. Miembro del Consejo de Monumentos Históricos del INAH.